

PALABRAS DE LUIS LANDERO EN LA GRADUACIÓN, PROMOCIÓN 2024, UNIVERSIDAD DE MAYORES COMILLAS

Cuando yo era niño, mi padre me decía a menudo que la vida era breve, que el tiempo volaba. A mí aquello me parecía absurdo. ¿Cómo iba a ser breve la vida, cómo iba a volar el tiempo, si los días eran interminables y daban para hacer tantas y tantas cosas? Y es que de niños se vive solo en el presente. No existe además la nostalgia del pasado ni la amenaza del futuro. El niño vive en la plenitud de cada instante. Y además vive entregado a la tarea más portentosa que pueda existir: descubrir el mundo. Todo le maravilla y todo le asombra, porque todo en la vida está por estrenar. La infancia es la edad de los hallazgos perdurables. Nuestras primeras experiencias son fundacionales y sirven para siempre. La primera vez que tenemos un pájaro vivo en nuestras manos, la primera vez que subimos a un árbol, que mordemos una fruta recién cogida, que dormimos bajo las estrellas, que vemos un tren o una catedral, que escuchamos el estruendo de una banda de música. Los niños viven con tanta intensidad cada momento que es verdad que el tiempo para ellos es muy largo. De niño, además, uno no conoce la muerte, o al menos la muerte es algo que a uno no le incumbe, y vive como en la eternidad del presente. Ya se sabe, de niños somos inmortales. Después, cuando la costumbre y la monotonía empiezan a regir nuestras vidas, y cuando ya no se vive con tanta intensidad, entonces es cuando el tiempo empieza a pasar deprisa, cada vez más deprisa, sin dejar apenas huella en la memoria.

Sí, mi padre tenía razón. La vida, ciertamente, como se viene repitiendo desde la más remota antigüedad, con una mezcla de resignación y de estupor, o como nos dice el tango (“Pensar que es un soplo la vida,/que veinte años no es nada...”), es breve. Diríase que la semana pasada yo era joven, invencible, y que hoy me encuentro aquí, ya con las sombras del crepúsculo al fondo del camino, hablando ante vosotros en este acto ritual de graduación, de despedida, pero también de renovación de las ilusiones, de los proyectos, del pacto inmemorial del hombre con la esperanza y con los sueños... Ya Homero lo dejó dicho de una vez por todas: “Como las hojas de los árboles, así las generaciones de los hombres”.

Pensemos por un momento en la inmensidad del tiempo histórico, al lado del cual nuestras vidas son apenas una gota en el mar. Pertenece a una civilización que tiene miles de años. Digamos que unos tres mil años, atendiendo a la cuna de nuestra civilización, que es Grecia. A cuatro o cinco

generaciones por siglo, que en esto hay opiniones diversas, salen unas ciento veinte o ciento cincuenta generaciones. Contemos hacia atrás: nuestros padres, nuestros abuelos, nuestros bisabuelos, tatarabuelos... Ellos son nuestros antepasados, nuestros queridos antepasados, es decir, nuestros familiares, como nosotros seremos los antepasados y familiares de nuestros hijos, nietos, bisnietos... “Como las hojas de los árboles, así las generaciones de los hombres”.

¿Y qué fue de nuestros antepasados, y que será de nosotros con el paso del tiempo? ¿Morir y ser olvidados? ¿Es ese nuestro destino? Pongamos un ejemplo. ¿Qué fue de nuestros antepasados, familiares nuestros, que vivieron en los siglos XVI y XVII en España? ¿Han muerto por segunda vez a manos del olvido? Yo creo que no. Sabemos de ellos, de su día a día, de sus afanes, de sus sueños, de sus creencias, de lo que hicieron o dejaron de hacer, de sus costumbres, de sus pensamientos, de su modo de hablar, de cómo vestían, qué comían, cómo se enamoraban, de sus momentos dichosos y de sus momentos de tristeza. Siguen viviendo en nuestra memoria y en nuestro corazón. Y eso se debe esencialmente a los libros. Es decir, al autor del Lazarillo, a Cervantes, a Lope, a Quevedo, ...y a otros menos conocidos, que escribieron libros que siguen vivos, que siguen latiendo cuando un lector los abre y los lee, porque de los escritores y de los lectores depende que nuestro pasado colectivo no sea devorado por el olvido. Sí, los libros laten, están vivos, palpitantes, porque al fin y al cabo todos ellos constituyen el corazón de la tribu.

Los libros de historia nos ofrecen gruesas pinceladas donde entrevemos las vidas de los reyes y de los poderosos, las guerras, las revoluciones, la frialdad de los datos sociales y macroeconómicos... Pero ¿y la gente normal, anónima, que eran casi todos? Esos no aparecen en los libros de historia. Como dijo Camus, están los que hacen la historia y los que la sufren. Pero de los sufridores, de los humildes campesinos, de los artesanos, de los obreros que levantaron las catedrales, de los soldados rasos que morían en las batallas del Imperio, de las mujeres de a pie, de los niños, de los vagabundos, de los pícaros..., de esos no se habla. ¿Cómo vivían, cómo hablaban, cuáles eran sus modos de esparcimiento, sus bailes, sus canciones, sus penas y sus alegrías?

Pues bien, eso es lo que nos cuentan los libros, los benditos libros literarios. Esa no es la historia fría y deshumanizada, sino la historia por dentro, la historia palpitante del bichear diario de la gente, de los dolores de

su cuerpo y de los sentimientos de su alma, de esa gran aventura que es la vida cotidiana y anónima de todos esos a los que Antonio Machado canta en sus versos: “Son buenas gentes que viven,/laboran, pasan y sueñan,/y en un día como tantos,/descansan bajo la tierra”. Sin los escritores, sin los pintores, sin los científicos, sin los filósofos, sin los músicos..., el pasado sería un terreno yermo, un erial, un tiempo oscuro, una historia sin alma, porque todo lo demás habría sido pasto del olvido. Los libros son el corazón inmortal de la tribu. O, si se quiere, la cultura, la educación, el conocimiento, son el corazón inmortal de la tribu. Porque nosotros, cada uno de nosotros, somos fugaces, pero la tribu es inmortal, y su inmortalidad es también la nuestra. No, no morimos del todo, seguimos viviendo en la memoria de la tribu.

Pero aun así, siendo fugaces, y siendo apenas nada en el decurso de los siglos, cada uno de nosotros es único, irrepetible. Del mismo modo que nuestros rostros, o nuestras huellas dactilares, nos diferencian de los demás, también nuestro carácter y nuestro modo de ver y de sentir el mundo son por fuerza distintos. Estamos condenados a ser originales. O mejor dicho: en nosotros está la semilla de la originalidad. De nosotros depende que arraigue y que germine, y que crezca y que se multiplique, o que se agoste y acabe dando apenas unos frutos raquícos. Se trata, en definitiva, de “ser nosotros mismos”. En eso consiste la originalidad. Y ese es el secreto esencial del éxito, y acaso también de la felicidad.

Pero ¿qué hacer para llegar a ser nosotros mismos? ¿Dónde ir a buscar nuestro mundo, original, intransferible y único? ¿Tendremos, como Ulises, que navegar por mil islas y salir airoso de innumerables aventuras para llegar a Ítaca, nuestra patria final? Sin duda. Cada cual es Ulises en busca de sí mismo. Esa es la tarea esencial de la vida. Solo que Ítaca no está lejos. No: ya estamos en Ítaca: solo nos queda conquistar ese reino que se extiende a nuestro alrededor. Aquí están nuestras verdaderas maravillas: las sirenas, los cíclopes, y en nuestros trayectos cotidianos, en nuestro diario ir y venir, está contenido el viaje mítico hacia la tierra primigenia. Y es que, como decía Ortega, lo extraordinario y original no está más allá, sino más acá, en torno a nosotros, confundido con las horas más humildes de nuestra vida. Todo, todo es interesante, todo es nuevo, cuando se mira con paciencia y con atención. Las cosas que nos rodean están por descubrir. Y es que vamos por la vida demasiado deprisa, sin fijar la mirada en las cosas. Y, lo que es peor, damos las cosas por sabidas. Vivimos de segunda mano. Nos encomendamos a la costumbre, que es el peor y más declarado enemigo del conocimiento.

Por eso, contra la modorra de la costumbre, la vigilia del asombro. Del extrañamiento. Recordemos a Platón: el conocimiento es hijo del asombro. No demos las cosas por sabidas. Vayamos directamente a ellas para conocerlas de primera mano. Mozart de primera mano, el canto del mirlo de primera mano, la lluvia de primera mano, nosotros mismos de primera mano. Estrenemos el mundo cada día. Libemos en la flor antes que en la miel. Es decir, prolonguemos nuestra infancia, no dejemos que muera el niño que fuimos, cuando vivíamos en un casi continuo estado de asombro, porque todo estaba por descubrir... Luego, con el tiempo, con la experiencia y el estudio, llegaremos a ser un poco sabios, e incluso muy sabios. Pues bien, el sabio y el niño formarán un magnífico dúo. ¿Y qué puede aportar el niño al negocio común? Algo tan esencial como la intuición y el asombro, la incansable capacidad de asombro. He ahí a la cigarra y a la hormiga reconciliados al fin en un único afán. Luis Buñuel nos cuenta que él se obligaba todos los días, durante al menos media hora, a inventarse una historia. De eso modo, entrenaba la imaginación, igual que otros van al gimnasio a entrenar los músculos. Porque, si no se usa, la imaginación, como todo, languidece y muere. Pues bien, lo mismo debemos hacer con el asombro. Entrenarlo cada día, haciendo el gustoso esfuerzo de mirar las cosas con ojos nuevos, como si las viésemos por primera vez.

Y es que, en efecto, el arte y el hábito de ser nosotros mismos y de mirar, pensar y sentir por cuenta propia, no son fáciles ni se dan de balde. Necesitan entrenamiento. Quizá por eso, pocos son los que miran o leen con sus propios ojos y oyen con sus propios oídos, y piensan y sienten con su inteligencia y su corazón. Y es que la costumbre, que lo da todo hecho, es mucho más hospitalaria y cómoda. La tarea de ser nosotros mismos exige un esfuerzo, una dedicación, un precio que no todos están dispuestos a pagar. Exige, por ejemplo, lentitud, en un mundo donde todo invita a la velocidad anestésica y a la fugacidad de las cosas y de las ideas. Exige también soledad y recogimiento. Y exige también concentración, ese esfuerzo supremo y delicioso de reunir en un punto los cinco sentidos y las cualidades todas del alma. Y no olvidemos tampoco escuchar a nuestro corazón, porque ya se sabe que a veces el intelecto es el que busca y el corazón es el que encuentra. Como decía Cervantes: “Saber sentir es saber decir”, o como repite Goethe: “Basta con sentir”. Y es que no hay nada peor para el conocimiento y para la vida misma que la apatía del corazón, que es tanto como el cansancio de vivir. Los mejores frutos que ha dado la filosofía, o la ciencia o el arte, han

surgido de esa actitud ante la vida que debemos hacer nuestra de una vez para siempre. Yo diría que, para todos nosotros, la búsqueda de la lucidez es un deber moral. Apuntemos en nuestra memoria esas cuatro palabras: lentitud, recogimiento, concentración y pasión. Y donde digo pasión puede decirse entusiasmo, o amor, o como queramos llamarle al arte de emocionarse y de sentir. Al fin y al cabo, la vida es un viaje solo de ida, y no merece la pena renunciar a la originalidad, a la incertidumbre, a la pasión de ser nosotros mismos.

Y eso es lo que habéis hecho vosotros, prolongar la infancia, renovar cada día el asombro de vivir, optar por la lentitud y el esfuerzo gratificante del estudio, del pensamiento, de la observación, juntar al sabio con el niño para que canten a compás. Decía Luis Cernuda que acaso lo más extraordinario de don Quijote es que no se cansaba nunca de vivir. Qué gran cosa es esa: no cansarse nunca de vivir, que es lo mismo que les ocurre a los niños. Y como creo que os ocurre a vosotros. Y eso, amigos, os hace nobles y admirables.

Hay una palabra que a mí me gusta mucho y que la aprendí de niño, de labios de mi madre, y que encierra toda una filosofía y toda una ética. “Tienes que hacer las cosas con jeito”, me decía. “Jeito” no existe oficialmente en castellano. Es una palabra portuguesa (“jeitu”), y también gallega (“xeito”), que significa “actitud”, “gesto”, “disposición” con que se hacen las cosas. Nosotros vivíamos en la frontera con Portugal, allí donde las lenguas mezclaban sus letras y sus músicas con un desenfado de lo más creativo y saludable. Y uno de los muchos términos que recuerdo de aquel contrabando léxico es justamente “jeito”, así, pronunciado a la española. Creedme si os digo que es una palabra maravillosa, una construcción semántica comparable a una catedral gótica o a una locomotora de vapor, y cuya elaboración ha requerido siglos de civilización, de refinamiento cultural. Ser jeitoso es hacer las cosas bien por el gusto de hacerlas, no por un interés inmediato sino porque sí, por el puro gusto de hacerlas bien, de dar lo mejor de nosotros mismos, de otorgarle resplandor al instante, a los instantes que no parecían llamados a perpetuarse sino a extinguirse en la grisura del tedio, de la rutina, de la desgana de vivir. El niño que juega en soledad y se esmera en lo suyo, sin necesidad de ser mirado ni admirado, es jeitoso. Y también lo es Sócrates, y con qué profunda levedad, cuando aprende a tocar un aire de flauta en su última noche de condenado a muerte. “¿Y por qué, maestro, si vas a morir en unas horas?” “Pues por saber algo más antes de morir”. En algunas obras arquitectónicas de los viejos tiempos hay detalles magníficos en

emplazamientos recónditos, medio secretos, incluso escondidos, que escapan a la mirada del curioso. ¿Para qué se hicieron entonces, y por qué tanto esmero en algo que nadie iba a mirar ni a admirar? “Porque Dios lo ve”, decían aquellos artífices, que es tanto como decir que por puro jeito, por el sabio placer de hacer las cosas lo mejor posible, de colmar el anhelo de perfección que hay, o debería haber, en todos nosotros. Y también porque ese es nuestro insobornable deber moral, nuestro imperativo categórico. Hoy se tiende a menudo a despachar todo deprisa y de cualquier manera, y a menudo por el ansia del dinero y la fama, y es una pena que, pudiendo ser jeitosos, muchos opten por la vulgaridad de ser meramente exitosos. Pues bien, vosotros sois jeitosos. No de otra forma se le puede llamar a ese entusiasmo desinteresado por no dejar nunca de aprender. Por ese amor al conocimiento. ¿Por qué, si total ya tenéis resuelta vuestra vida? Pues por el gusto de saber algo más, diríais vosotros, coincidiendo con Sócrates.

En fin, y ya para terminar, quiero recordar que mi abuela Francisca, que era una gran contadora de cuentos, solía empezar sus narraciones diciendo: “Hace mucho tiempo en un país lejano”, y a partir de ahí empezaban a ocurrir prodigios de lámparas mágicas, de cuevas llenas de tesoros, de reinos submarinos, de princesas cautivas de dragones. Y había también palabras mágicas, poderosas, como “abracadabra” o “ábrete, Sésamo”, y muchas otras que he olvidado. Y yo pensaba: Qué mala suerte he tenido de nacer en este pueblo y en esta época, donde no hay portentos ni palabras mágicas, porque lo extraordinario ocurrió hace mucho tiempo en un país lejano. Y transcurrieron los años, y un día miré al pasado y descubrí que era entonces, en la niñez, y en mi pueblo, cuando vivía en un país lejano, lleno de maravillas, que no supe ver hasta que la nostalgia me lo devolvió poetizado por la memoria. Y, del mismo modo, otro día descubrí la poesía y leí: “Yo voy soñando caminos de la tarde”, y me quedé pasmado, porque de pronto el poeta había conseguido convertir las palabras diarias y sencillas en palabras nuevas y mágicas. Como dice Chejov, el escritor ha de hacer poderosas las palabras humildes e interesante a la gente vulgar. Por eso, una de mis normas para vivir y para escribir es esta: “Recuerda que vives en un país lejano”, y me lo repito a menudo, para no olvidar que todo es interesante cuando se mira con intensidad, y que todos nosotros somos únicos, irrepetibles.

Hagamos nuestra esta frase, y repitámosla todos los días, para no olvidar que en este mundo no hay más prodigios que los que conquistemos con nuestro espíritu y nuestro corazón.

Enhorabuena a todos vosotros, los felizmente graduados. Y no dejéis nunca de ser jeitosos. Ese, y no otro, es el verdadero éxito de nuestras vidas. Suerte, amigos.

MADRID, 28 de mayo 2024